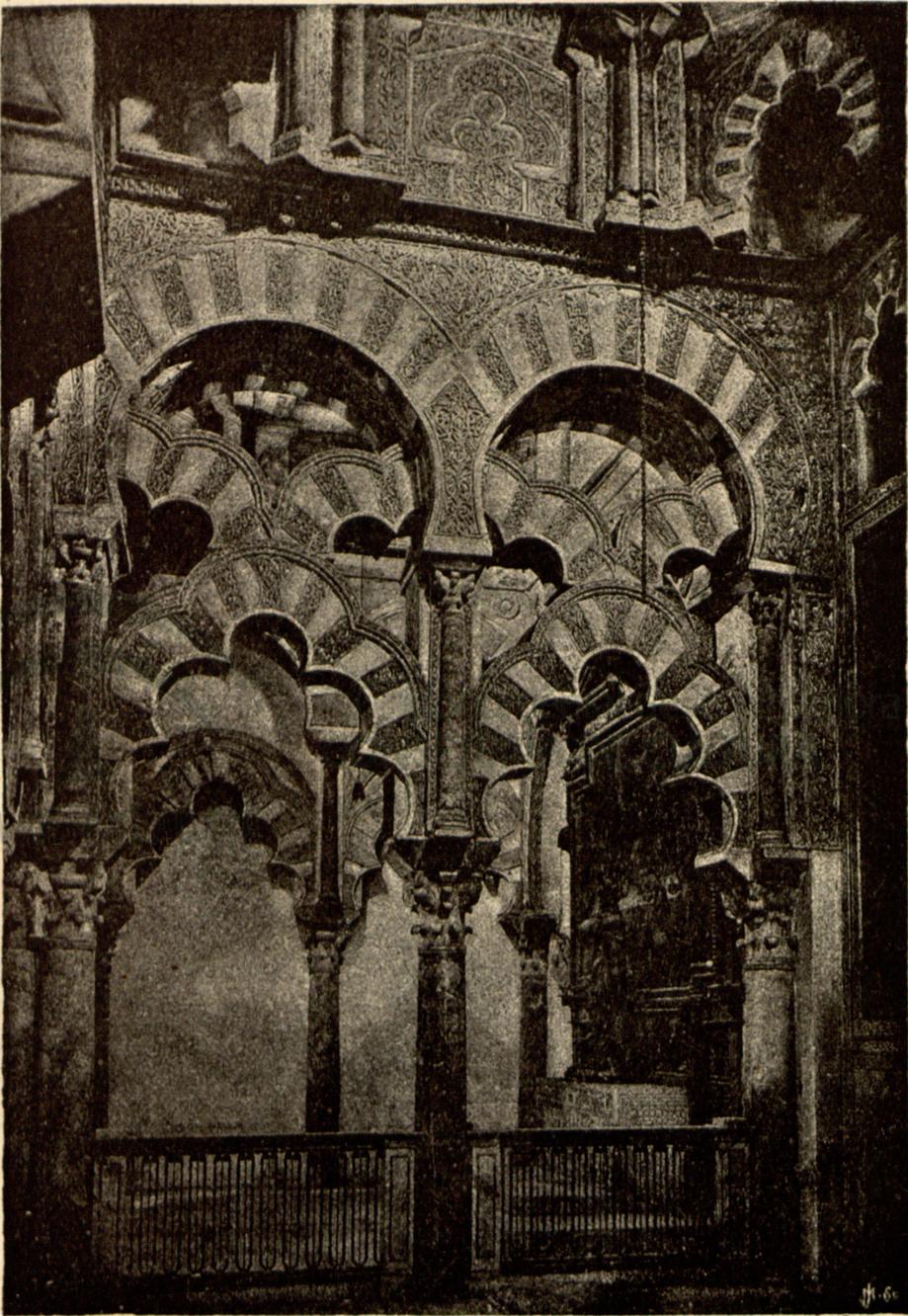


corazones de tantos miles de creyentes, fieles y fervorosos, al culto del Hijo de María, escarneciendo la doctrina y nombre de Mahoma. ¡Pobres insensatos! Como si no supiéramos distinguir el bien del mal, vienen ellos á predicarnos que son males los bienes de la tierra, que miente y nos engaña el que nos prometió el placer en este mundo y la felicidad en el otro (1). ¡Perezcan esos dementes, acabemos con todos ellos, extíngase en el Andalus la abominable peste de la Palestina!—Así claman los más celosos, y arremolinándose en torno de los indefensos cristianos, emprenden con ellos á golpes, los derriban á bofetadas y empellones, y de buena gana los habrían muerto dentro del mismo templo como en desagravio de su profanación (2); mas acudiendo el Cadí de la Aljama, se los entregan para que les aplique la pena de muerte y mutilación de manos y piés, á que se hicieron acredores por su delito, y excitan á sus regidores á concluir de una vez con el nombre de cristianos por medio de una persecución sangrienta y sin tregua. El fuego de la ira popular prende en el corazón del sultán, y el monarca que en su juventud blasonaba de justo abandonando á los jueces las causas de los cristianos sediciosos, se jacta en la vejez de cruel, consagrándose personalmente á discurrir penas atroces y medios excepcionales de intimidación. Pero conociendo que la crueldad le ahuyenta los vasallos, y que la misma razón de Estado que manda castigar la rebeldía le aconseja no transformar en héroes á los rebeldes, imagina que es preferible poner á los confesores la mordaza de la obediencia, robusteciendo el decreto del desautorizado Recafredo con un solemne canon conciliar, al cual no puedan oponer los cristianos objeción alguna. Cosa fué pensada y hecha la reunión de metropolitanos y obispos

(1) «Concluida la oración, id libremente. Proporcionaos los bienes que el cielo ha dispensado á los humanos.» Sura LXII. *El viernes*, vers. 10.

(2) «Los moros (dice Ambrosio de Morales copiando á S. Eulogio) cargaron con tanto ímpetu sobre los dos cristianos, derribándolos en el suelo y hiriéndolos, que los uvieran allí muerto, si no acudiera el juez; para librarlos de aquella furia, mandándolos llevar á la cárcel.»



CAPILLA LATERAL DEL MIHRAB

llamados á secundar tan satánica invención. Celebróse el concilio convocado por el tirano islamita (1): el miedo y el rigor luchó en los pechos de los prelados con el amor á la justicia: querían no faltar á esta, ni exasperar más al rey. Ofrecióseles conciliar lo uno con lo otro disponiendo el decreto artificiosamente, de suerte *que la corteza de la letra, á que habían de mirar los infieles, sonase á prohibición de presentarse al martirio, pero que bien mirado el sentido, cual podían conocerle los prudentes cristianos, no incluyese ofensa de los mártires* (2). Pero esta resolución causó escándalo entre los cristianos ignorantes, desagradó á los más ilustrados, y fué objeto de severas impugnaciones; causa también de reprobaciones y persecuciones nuevas. Saulo y Alvaro la censuraron: créese que S. Eulogio hizo lo mismo (3). El obispo fué segunda vez encarcelado: el sabio doctor tuvo que ocultarse: los seglares nobles y conocidos tenían por instantes la misma pena: todos andaban acobardados, atribulados, huídos. Abde-ramán, al ver frustradas sus esperanzas, se entrega de nuevo á su delirante saña. Una infernal complacencia le conduce á una alta galería de su alcázar, desde donde espera cebar la ansiosa mirada en un espectáculo horrible, pero adecuado á su sed de venganza. ¡Ah, que el infeliz no cuenta con que en favor de los desvalidos mártires está ya armado el cielo!...

Penden de sendos árboles allá abajo, reflejándose siniestramente en las claras aguas del *gran río* (4), dos objetos denegri-

(1) «Á este fin hizo (el rey moro) venir á la corte á los metropolitanos de diversas provincias, para que juntos los obispos decretasen lo que deseaba.» Flórez, trat. 33, cap. 10, párrafo III. *Del Concilio tenido en Córdoba acerca de los que se presentaban al martirio.*

(2) Flórez, loc. cit.

(3) «Esta simulación, dice Gómez Bravo, t. 1, p. 132, desagradó á S. Eulogio por el escándalo y error que causaba en los ignorantes, que no penetraban lo alegórico del conciliar decreto, y creerían prohibido el martirio.» El P. Flórez es de contrario sentir, y de aquellas palabras *eademque schæda minimè decedentium agonem impugnans, quod futuros laudabiliter extolleret milites, percipitur*, deduce que el santo declaró ser buenos y favorables á los mártires, no sólo la intención, sino también el sentido formal de la sentencia. Lo cierto sin embargo es que S. Eulogio fué perseguido y se vió en la precisión de ocultarse.

(4) Guadalquivir (*wada-l-kebir*) significa en árabe *el río grande*.

dos que se destacan sobre el verde pardusco de las alamedas: la brisa que mueve las hojas mueve también en ellos una especie de copo de leve crespón, que á veces se desvanece como una bocanada de negro humo. Fija bien ahí tu vista, cruel anciano. ¿Qué descubres entre las copas de la arboleda? ¡Oh intenso y bárbaro placer! Son los cadáveres de Emila y Jeremías, tostados y desecados por el sol de otoño, con sus cortadas cabezas clavadas en los troncos ó hincadas en las puntas de las ramas. Allí cerca se mueve alguna gente: óyense, soplando el viento del mediodía, algunos martillazos que dobla el eco de los vecinos collados, y á poco aparecen clavados también otros dos cuerpos mutilados horriblemente. Sin manos, sin piés, sin cabeza, bañados en su propia sangre, aún fresca, que brilla cuajada á gran distancia, presentan un cuadro espantoso que hiela el corazón y hace cerrar los ojos á los que por allí transitan descuidados. Sólo Abde-r-rahmán puede contemplarlo sin horror, y no solamente sin horror, sino con esa terrible sonrisa propia de los placeres que asesinan. Ha reconocido los cadáveres de los dos últimos mártires, y exclama como fuera de sí: ¡Aquí mis hijos, aquí mis consejeros y mis maulis! ¡Aquí todos los míos! Vedlos donde asoman aquellos dos temerarios que profanaron nuestra Aljama con sus cuerpos impuros: parecióles buena la suerte de los otros dos insensatos cuyos despojos denegridos son hoy pasto de los cuervos, sin duda porque vieron que después de degollados les hacían duelo las nubes y los vientos; id, mandad en mi nombre que á los cuatro les pongan fuego, para que sus inmundos cadáveres no causen más espanto á mis musulmes; y ahora verán los obstinados secuaces del Hijo de María, que así como su Dios no envió á esos un ángel que los librase de la cuchilla del verdugo, tampoco les envía ahora lluvias para apagar la hoguera que ha de reducirlos á ceniza.

Comunicase velozmente el mandato; pero ¿qué acontecimiento inesperado ha turbado de súbito al glorioso Amir?

Inclina mustio la frente sobre el pecho, y su semblante se cubre de una palidez mortal; su pié vacila, acuden los suyos á sostenerle, todos le preguntan, y á nadie responde. ¡Ah! el Dios de quien acaba de blasfemar ha anudado su lengua, y el ángel exterminador ha extendido sobre él sus alas invisibles (1). El rey altivo que había subido á los altos miradores á gozarse en la ejecución de su bárbaro decreto desafiando la cólera del cielo, baja á su lecho de muerte convertido en insensible tronco en brazos de sus esclavos. Acudan presto los médicos y los astrólogos; lloren las hijas, mesen sus cabellos Tarub y Kalam (2), Ashifá y las concubinas (3), las esclavas y los eunucos; enmudezcan Algazzal y Ben Xamrí (4) y todos los cortesanos y maulis, lisonjeros; abandone Zaryab su laúd enriquecido, y olvide por ahora sus entretenidas aventuras... ¡Paso al cadáver del Amir, conducido al sepulcro mientras consumen las hogueras los restos de sus cuatro últimos mártires (5)!

Su hijo Mohammed ocupa el trono: para él y para todos sus consejeros son también meras coincidencias casuales las señales tremendas con que el Omnipotente ha hablado á los opresores. El sistema de Abde-r-rahmán II continúa en pié, pero sus resultados van siendo cada vez de más bulto: más culto á la razón de Estado, alma de la política pagana, y más víc-

(1) Los historiadores árabes refieren la muerte de Abde-r-rahmán II como natural y tranquila. Nosotros hemos preferido sin embargo la relación de S. Eulogio, porque además de ser contemporáneo, podía estar muy enterado de la verdad de los hechos por tener un hermano empleado en el palacio del sultán. Nuestros más juiciosos historiadores, Morales, Roa, Gómez Bravo, Flórez, etc., han seguido esta versión.

(2) Kalam era muy querida de Abde-r-rahmán por lo bien que escribía, recitaba versos, refería cosas históricas, y sabía tocar y cantar. Véase Al-Makkari, l. VI, c. IV.

(3) Amaba también tiernamente á sus concubinas Mudathirah y Ashifá, que de esclavas había convertido en esposas. *Ibid.*

(4) Distinguía al célebre poeta Abdallah ben Xamrí, y á Yahye ben Hakem. Véase á Conde, t. 1.º, cap. XL.

(5) «Bajándole á su lecho, murió aquella misma noche, antes que acabase de consumir el fuego los cuerpos de los sagrados mártires.» Bravo, t. I, p. 133.

timas en el hogar doméstico; más bondad y complacencia con los sumisos, y más tiranía con los que disienten; más cobardía y envilecimiento en los malos cristianos, y más entereza y heroísmo en los confesores (si es posible que fuera de los límites de lo ordinario haya grados en lo maravilloso) Recafredo, Bodo, Samuel, Esteban Flaco, Hostigesio, Servando (1): prelados sacrílegos, cristianos apóstatas, ¡cuánto llanto costáis vosotros á la dilacerada Iglesia de España! Vosotros, unidos á los perseguidores, atizáis la hoguera en que se purifica la fe; mas ¡ay, que entre tanto fomentáis la ruina y la despoblación, contribuís á ahuyentar á los buenos, introducís el cisma entre los perseguidos, corrompéis á los sencillos, avergonzáis á los doctos, escandalizáis la cristiandad! Vosotros sois los únicos autores de muchas abominaciones que la posteridad no podrá ver escritas sin rubor y confusión. No os satisface ver á los pobres cristianos echados de palacio (2), privados de estipendio los que militan, y todos en general agobiados con los tributos; ni ver derribados por tierra los templos y monasterios (3) donde quizás vosotros mismos celebrasteis el sacrosanto sacrificio. Sacrílegos, blasfemos, apóstatas, herejes, réprobos. ante Dios y ante los hombres, maldecís de vuestros propios hermanos, confesores y mártires, infamáis y calumniáis á sus más dignos prelados, inventáis satánicos ardides para esquilmár y desustanciar á los atribulados mozárabes, haciendo tributarias las iglesias y altares para enriquecer el erario del tirano con las sagradas oblacones del templo, y consumáis con inicua farsa la deposición de los buenos obispos. ¡Oh qué tiempos! ¡qué angustia y

(1) De éstos pseudo-cristianos, cooperadores de la tiranía sarracénica, haremos mención especial más adelante, en el capítulo *Córdoba mozárabe*.

(2) El mismo día que le proclamaron rey echó del palacio y casa real á todos los cristianos que en ella servían, quitándoles las raciones y sueldo que tenían; y entre ellos fué también echado Joseph, hermano de S. Eulogio, como el santo refiere.

(3) De esta destrucción de los templos de los cristianos en tiempo de Mohamed trataremos también en el capítulo *Córdoba mozárabe*.

turbación! «Las cárceles están llenas de clérigos; las iglesias privadas del oficio de sus prelados y sacerdotes; los tabernáculos divinos en horrenda soledad; las arañas extienden sus telas por el templo; el aire calma en un total silencio; no se entonan ya en público los cánticos divinos; no resuena en el coro la voz del Salmista, ni en el púlpito la del Lector; el Levita no evangeliza en el pueblo; el sacerdote no quema incienso en los altares, porque herido el pastor, se desparramó el rebaño: esparcidas las piedras del santuario, faltó la armonía en sus ministros, en los ministerios, en el santo lugar. ¡Y en tanta confusión, sólo resuenan los Salmos en lo profundo de los calabozos (1)!» Y sin embargo, ¿qué preciosa no será la fe cuando se mantiene á tanta costa? ¿Qué viva cuando no se apaga en tal tormenta? Es que la fe se asemeja más al ascua que á la llama, y más arde mientras más la combaten los vientos de la tribulación.

Dios, por otra parte, sigue alentando á sus fieles y correspondiéndoles amoroso con recíprocos testimonios. ¡Pero cuán tremendo para sus enemigos es el modo de atestiguar del Señor de los mundos! El monarca que al estampar la huella en el solio causa una especie de frenesí de júbilo en su corte; que al año siguiente de su entrada en Córdoba en medio de entusiastas aclamaciones, pudo decir con orgullo á sus enemigos: «la gracia del sultán hace llover beneficios sobre las casas de los buenos vasallos, pero su cólera es capaz de coronar ochocientas almenas de sus murallas con ochocientas cabezas de rebeldes (2);» finalmente, ese rey tan halagado de la suerte en las batallas, que difundiendo el terror del nombre agareno por los estados de D. Ordoño lleva sus armas victoriosas hasta las orillas del Garona (3), no es mucho que embriagado por el incien-

(1) S. Eulogio; *Docum. Mart.*, cap. 7, núm. 6.

(2) Véase á Condé. Cap. XLVIII, t. 1.º Victoria del príncipe Almondhir contra los rebeldes de Toledo. «El príncipe... envió 700 ú. 800 cabezas de rebeldes á Córdoba... y el rey las mandó poner en las almenas, etc.»

(3) Véase á Ambrosio de Morales, con la autoridad de Luis de Mármol. *Crónica gen.*, lib. XIV, cap. 32.

so de las lisonjas, sea ciego como su padre á los patentés avisos del cielo. Un día del año 871 estaba el Amir en su cámara entretenido con un esclavillo muy lindo y gracioso que tenía sobre sus rodillas. Era un día cubierto de pardas nubes, con gran tempestad de truenos y relámpagos. El kátib Abdallah ben Aasim entró para despachar, y el rey le pregunta: ¿á qué vienes en semejante día? ¿qué podemos hacer hoy?—Señor, responde Abdallah, dicen las gentes que es bueno estar con niños cuando truena, y yo digo lo mismo:

Bueno es estar con niños —cuando retumba el trueno,
de copas y convite —el estrépito oyendo:
que gira á la redonda —el escanciano bello
mientras nubes coronan —los árboles del huerto.
¿Ves las ramas engadas —del dulce y grato peso,
que el viento las menea, —que brillan en el suelo?

Tanto agradó al rey esta improvisación, destello genuino del epicurismo horaciano, que mandó traer dulces y colación, copas y licor Sahbá, y que viniesen los músicos y cantores. Durante el convite hacía el rey que el esclavillo provocase la verbosidad de su katib: díjole al oído que le tirase una copa á la cabeza, y el niño lo ejecutó al punto: felizmente Abdallah acertó á evitar el golpe, y exclamó: ¡Oh linda cara, no seas cruel, que no está bien la crueldad con la hermosura: el cielo hermoso, cuando sereno, es muy apacible, y ahora su saña nos horroriza y espanta. (1) Sus palabras parecían un agujero. Aquel mismo día fué Mohammed á la mezquita á la hora de la azala, y hallándose en ella arreció la tormenta: ya el trueno y el relámpago se percibían juntos, y á poco, con horrisono estruendo cayó un rayo en el soberbio edificio de Abde-r-rahmán I, sobre la alfombra misma en que oraba el sultán, dejando instantáneamente sin vida á

(1) Refiere esta anécdota Conde, t. 1.º, cap. LIV.

dos personas de su comitiva (1).—¡Justo castigo del cielo! pensarían espantados algunos de los cristianos ocultos, que por temor de la persecución fingían seguir de grado la vida y costumbres de sus opresores (2).—¡Allah está por el sultán! prorumpirían los musulmes más fervorosos al ver que el rayo había dejado ileso á Mohammed, matando á su mismo lado á dos hombres. ¡Dirán estos lo mismo cuando lleguen á la envanecida corte las tristes nuevas de calamidades mayores?

El año 873 toca á su término: en Córdoba no se reciben más que noticias de infortunios y desastres. Ha sido tan grande la sequía en todas las tierras dominadas por los islamitas, en Arabia, Siria, Egipto, África y España, que han faltado los manantiales y las fuentes, los campos no han producido frutos, y la esterilidad y carestía han sido como fabulosas. Ha muerto de hambre la gente pobre, el hambre y las aglomeraciones de cadáveres han producido horrible pestilencia, causa á su vez de gran despoblación. En Arabia va quedando la madre de las ciudades desierta de sus vecinos; apenas se ve en ella mas que gente pasajera, y la Caaba está cerrada á naturales y peregrinos (3). Viene el año 874, con él nuevos escarmientos. El día veintidos de la luna de Xawal, habiendo amanecido el sol claro como de costumbre, empieza hacia la hora de *almagreb* á moverse la tierra, con espantoso ruido y estremecimiento. Acompañan al terremoto ráfagas violentas que desploman muchos edificios, torres y alminares; envuelven la ciudad rápidas y densas nubes oscureciéndola de repente; los estampidos del trueno suenan tan terríficos y repetidos, que el pueblo congregado en la mezquita mayor se siente sobrecogido de invencible espanto. Seis musulmanes caen en pocos instantes muertos; los demás,

(1) Véase al arzob. D. Rodrigo, Hist. de los árabes.

(2) De los cristianos vergonzantes, confundidos con los árabes por la lengua, por el traje y por el modo de vivir, se hace mención frecuente en la Esp. Sagr. del P. Flórez, trat. 33.

(3) Véase á Conde, t. I, cap. LV.

cediendo al terror, huyen en encontradas direcciones dejando la azala interrumpida. Sólo el Imam y unos pocos devotos permanecen en sus puestos. Entre tanto el huracán arranca de cuajo las arboledas seculares, la tierra se abre, desmorónanse los peñascos, muchas fortalezas y palacios quedan nivelados con el polvo: las aves abandonan sus nidos, las fieras salen de sus madrigueras, y los habitantes, temiendo ser sepultados vivos entre sus desquiciados muros, buscan en el campo abierto un refugio donde implorar la clemencia del Eterno (1).

Nunca los hombres han visto ni oído cosa semejante. Para colmo de infortunio, este mismo año sufre Mohammed una gran derrota en sus huestes toledanas y cordobesas que le obliga á solicitar la paz del rey leonés. Las armas cristianas empiezan á adquirir nuevo brillo: Alfonso III fortifica á Zamora y á Toro, funda á Porto y restaura á Chaves y Viseo; y Mohammad muere disertando como filósofo (2), mientras sus vasallos rebeldes desaffan su poder como guerrero. Á no ser por las enojosas disensiones ocurridas entre los cristianos, quizás el imperio islama occidental se hubiera disuelto bajo los dos inmediatos sucesores de este Sultán.

(1) Conde, *ibid.*, y Al-Makkari convienen en este suceso. Véase la obra del último, lib. VI, cap. IV.

(2) «Así fué que el rey Mohammad estando sin dolencia alguna, y recreándose en los huertos de su alcázar con sus wazires y familiares, le dijo Haxem ben Abdelasis ben Chalid, Wali de Jaén, ¡cuán feliz condición la de los reyes! para ellos solos es deliciosa la vida, para los demás hombres no tiene el mundo tantos atractivos: ¡qué jardines tan aménos, qué magníficos alcázares, y en ellos cuántas delicias y recreaciones! Pero la muerte tira la cuerda limitada por la mano del hado, y todo lo turba, y acaba el poderoso príncipe como el rústico labriego. Mohammad le respondió: en apariencia la senda de la vida de los reyes parece llena de flores aromáticas; pero en verdad son rosas con agudas espinas: la muerte de las criaturas es obra de Dios, y principio de bienes inefables para los buenos; y sin ella yo no sería ahora rey de España. Retiróse el rey á su estancia, y se reclinó á descansar, y le saltó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo, y ataja y corta los cuidados y vanas esperanzas humanas.» Conde. Historia cit., tomó I, cap. LVII.

CAPÍTULO VI

Periodo de gestación en las dos arquitecturas mahometana y cristiana. — La fábula de Cástor y Pólux, como representación alegórica de los dos artes rivales. — Nuevo florecimiento del arte mahometano, consignado en las grandes obras que emprende Al-hakem II, en la Mezquita Aljama.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Es muy de observar cómo se refleja en la famosa mezquita cordobesa la suerte de cada reinado. Abde-r-rahmán II y Mohammad, menos afortunados con los cristianos y con los musulimes sediciosos que sus antecesores, sólo dejan en ella un leve recuerdo de su pasajera grandeza. No son monarcas que conquistan y fundan; esta gloria sólo pertenece á Abde-r-rahmán I é Hixem; pero son monarcas conservadores, obsequiosos con la razón de estado, celosos de su autoridad, amantes del fausto y de la magnificencia: y es sabido que los reyes llamados á conservar son más espléndidos que creadores, más propensos al lujo y á los placeres, que á los goces de las grandes empresas. Todo el tributo que un personaje rico de medios y sin misión innovadora puede ofrecer al genio de su siglo, se reduce á

derramar sus tesoros sobre las obras de los artistas. Así literalmente lo ejecutan Abde-r-rahmán II y Mohammad, á cuya oriental prodigalidad debe la gran mezquita el oro que aún hoy ostenta en muchos de sus capiteles. Sus sucesores Al-Mundhir y Abdullah alcanzan el mismo destino: enérgicos y resueltos cuando se trata de hacer la guerra y de administrar justicia, nada hacen por el progreso del arte. ¿Ni cómo es posible que consagren al mundo de la belleza sus meditaciones un príncipe como Al-Mundhir, que apenas brilla cual fugaz metéoro pasando en dos años escasos de su proclamación en Córdoba á su muerte en el campo de batalla, y otro príncipe como Abdullah, su hermano, que aunque llamado á encanecer bajo el solio, vive siempre envuelto en una atmósfera de sangre y de exterminio? Ambos fueron justos, ambos valientes y generosos, piadosos y clementes, en ambos lucieron las dotes que distinguen á los grandes reyes; y, sin embargo, ni el uno ni el otro lograron hacer época en los anales de la civilización árabe-hispana. Tal vez por lo mismo que fueron más humanos con los vencidos, más tolerantes con los infelices cristianos mozárabes que sus jactanciosos predecesores; por lo mismo que mantuvieron con religiosidad las paces que con los reyes de Asturias y León ajustaron; y porque fué menos visible bajo su imperio el antagonismo de las dos civilizaciones; por eso mismo quizá palidece en cierto modo la árabiga cultura á su sombra, y á pesar del incremento que durante su administración alcanza la riqueza pública, ningún monumento grande marca la huella de las bellas artes en sus dominios. Porque no es precisamente el oro el fomento de la noble arquitectura; no son las épocas de mayor riqueza ni los estados más prósperos los que escogen las varoniles doncellas hijas predilectas del genio para hacer sus apariciones en la tierra; muchas veces, por el contrario, se complacen en visitar á las generaciones más trabajadas por las públicas calamidades, más menesterosas y más faltas de sosiego, como para hacer ver á los mortales que los goces de la inteli-

gencia no se compran, sino que sólo se obtienen cuando á Dios place dispensarlos.

No busquemos, pues, en la suntuosa Aljama recuerdos de la grandeza de los sultanes después de los tiempos de persecución y de escándalo, de lucha y de encono, que personifican Abde-r-rahmán y Mohammad (1), hasta que llegue el día en que el primer Califa cordobés ponga el complemento al proyecto gigantesco del primer Amír. Diríase que al desaparecer de la escena de horrores y protestas las colosales figuras de S. Eulogio, Alvaro, Saulo, Samsón y Valencio, gloriosos maestros de mártires, desaparecen con ellos los esfuerzos del islamismo fascinador. Cristianos y musulimes parecen olvidados de sus respectivos destinos: malgastan aquellos en sus discordias intestinas el fecundo calor que sólo debían emplear en la santa empresa de la reconquista, y embotan en luchas fratricidas el noble sentimiento de religión y patriotismo que inspiró á sus mayores la generosa protesta de Covadonga; y los mahometanos por su parte desperdician en interminables guerras de partidos la energía que comunicaba antes á sus corazones el precepto de la guerra santa, y ocupados en sofocar sediciones, celebran paces, cuando á sus reyes conviene, con los enemigos del Islam.

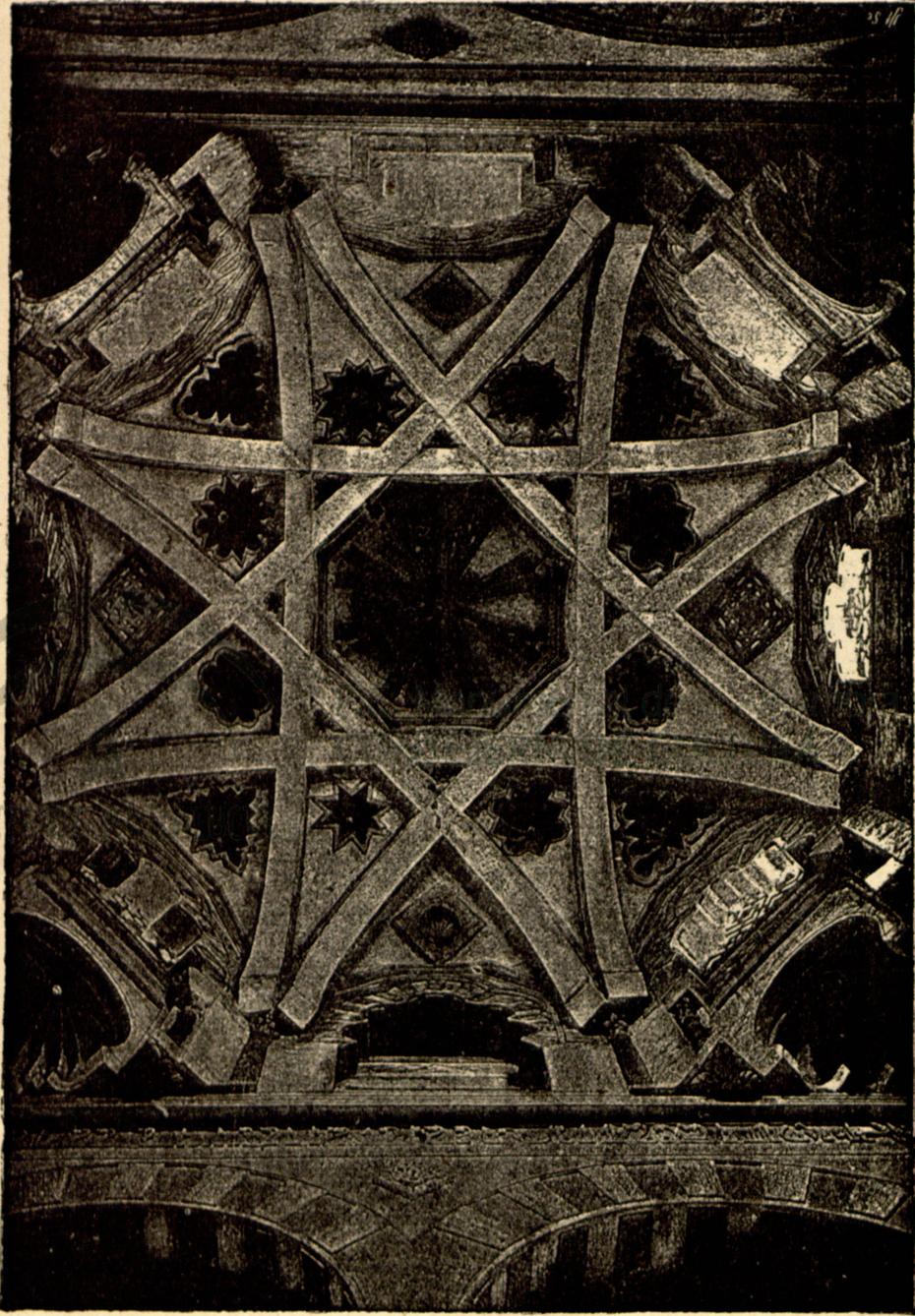
(1) D. Rodrigo Amador de los Ríos en su interesante libro *Inscripciones árabes de Córdoba*, publicado en 1879, da una planta de la Mezquita-Aljama, diferente de la nuestra, en que marca un espacio de soías doce naves transversales á la primitiva edificación de Abde-r-rahmán I y su hijo Hixem, y supone que la prolongación en sentido N-S, hasta la nave de la capilla de Villaviciosa, donde comienza la ampliación de Al-hakem II, fué obra de Abde-r-rahmán II. Aunque en comprobación de tan extraño aserto cita al historiador Aben-Adhari y á Al-Makkari, no podemos asentir á semejante novedad, primero, porque el Sr. Gayangos que tuvo la bondad de proporcionarnos para nuestro trabajo la primera versión castellana que se ha hecho del texto de Aben-Adhari, y que es autoridad superior como arabista de renombre europeo, no nos reveló tal especie; y en segundo lugar porque Al-Makkari, en el pasaje citado por el Sr. Ríos, á saber, tomo I, pág. 369 (entiéndese de la versión inglesa de Gayangos), no habla de tal ampliación. Por el contrario, en el cap. II del lib. III, donde describe la mezquita de Córdoba, dice textualmente que Abde-r-rahmán II no ordenó más obra que el dorado de las columnas (*zakhrafah*) y parte de los muros.

Cristianos y musulmanes viven por espacio de medio siglo como vecinos tranquilos, con más paz aún de la que entre sí se conceden los hijos de una misma religión y de una misma sangre. Pero el hombre no es dueño de alterar los decretos de la Providencia, y musulmanes y cristianos tienen que terminar forzosa-mente la obra para la cual fueron conducidos á acampar frente á frente en las llanuras de España. Llegará la época en que, recobrando los dos antagonistas sus instintos primitivos, y ambos interiormente impelidos á ventilar la secular contienda iniciada en el Oriente, se determinen á declararse implacable guerra, aspirando cada cual á quedar dueño exclusivo del campo; y entonces volverán nuevamente á pronunciarse las facciones genuinas de los dos opuestos principios. Y entonces tomarán de cada parte el templo y el palacio, en que se reflejan la vida civil y religiosa del magnate y del pueblo, su fisonomía especial y privativa, para no volverse á confundir hasta que en uno ú otro campo la soberbia mole de la civilización se desplome y quede reducida á escombros.

El arte musulmán ha iniciado su carrera admirablemente al abrigo de las asiduas meditaciones de los dos primeros amires. ¿Cómo no había de salir una cosa grande de un nido calentado por águilas caudales? Pero he aquí reproducida la fábula de Leda (1), porque también el arte cristiano comienza á despla-

(1) ¿Quién ignora el origen de la fábula de Leda? Era tal la belleza de los dos jóvenes Cástor y Pólux, y de su hermana Helena, la del cuello de cisne, según la pintan los poetas, que los griegos, propensos á materializarlo todo con su risueña mitología, los supusieron hijos del mismo Júpiter. Cástor sin embargo no era inmortal, porque en realidad el huevo de donde salió juntamente con Clitemnestra, había sido fecundado por Tíndaro y no por Júpiter. Pólux y Helena lo eran: ambos habían salido del huevo fecundado por el padre de los dioses. Cástor y Pólux eran reputados como inmortales, pero cesó el error cuando murió el primero.

Permitaseme simbolizar con esta fábula la historia de los dos artes musulmán y cristiano: los dos derivan en su origen del arte clásico griego; pero el uno manifiesta en su desarrollo, degeneración y muerte, el germen puramente materialista, mientras el otro revela en su crecimiento, siempre progresivo, que lleva por decirlo así el aliento de la Divinidad. El arte cristiano es, en efecto, producto



Generalife

JUNT

TECHO DE UNA CAPILLA LATERAL DEL MIHRAB

gar vistosas alas, cobijado por los Alfonsos y Ordoños, no menos respetables que los Abde-r-rahmanes y los Hixemes, y éste, lo mismo que su émulo, aspira á la inmortalidad. Los dos fueron engendrados en la hermosa reina griega, porque en realidad es la misma musa que inspiró á los arquitectos de Pericles y de Alejandro la que revela ahora sus graciosos y nobles contornos bajo el tosco paludamento visigodo y bajo la abigarrada vestidura siria; los dos se jactan de haber sido producidos por un aliento divino, los dos se llaman hijos de Júpiter, y efectivamente tan egregias dotes ostentan á porfía cada cual por su lado, que muchos dudan cuál sea la verdadera obra inspirada por la Divinidad. Pero cuenta que el uno es Cástor, y el otro Pólux, es decir, que el uno es mortal y el otro no. El arte arábigo, formado por el consorcio de la belleza griega con la fantasía oriental, como Cástor engendrado en la unión de Leda con Tíndaro, perecerá lo mismo que pereció el héroe griego, al paso que el arte cristiano, producto de la belleza antigua desarrollada en Ática y Corinto y del espíritu fecundo que la gracia de Dios comunicó á la humana mente por mediación del Verbo, durará cuanto dure el mundo, así como es inmortal también el hermoso Pólux, hijo de Júpiter y Leda. Los dos artes gemelos, pues, son aventajados en belleza: los dos crecen y se desenvuelven paralelamente ricos de medios y de seducción; y aun llegará el día en que, á fuerza de trato y de comunicación, se identifiquen tanto en sus gustos, que llore el uno con inextinguible llanto la prematura muerte del otro, así como Pólux lloró la muerte de su hermano y le amó hasta el extremo de cederle la mitad de su inmorta-

espontáneo del consorcio de la belleza antigua con el espíritu fecundo de la nueva ley moral con que Dios dirige á la humanidad.

También simboliza el llanto de Pólux, por la muerte de su hermano, la degeneración del arte cristiano en ciertas épocas, el cual por ceder á una ciega y fanática admiración hacia las creaciones del arte materialista, abjura de su inmortalidad, es decir, de sus altas y genuinas aspiraciones, y consiente que usurpe su puesto un arte alucinador é impotente, cuyos medios no corresponden al objeto final del arte en la sociedad cristiana.

lidad para que los dioses le restituyesen por intervalos á la vida.

Es muy curioso ver cómo se dispone el Cástor musulmán á disputar la palma de la inmortalidad, mientras el Pólux cristiano crece bajo su sombra. ¿Á quién mejor que á los tres califas cuyas imágenes van ahora á deslizarse por ante nuestros ojos, pudiera estar encomendado el desarrollo de ese poderoso arte oriental? Ved á Abde-r-rahmán el Grande, á ese esclarecido príncipe que encadena con una mano el África á España y con la otra sofoca las añejas rebeliones, dando al cabo de dos siglos unidad é independencia al imperio mahometano de Occidente. Es el primer Califa andaluz, el primero que toma el nombre de Miramamolín (*Amirru-l-mumenin*), ó jefe de los cristianos, y de defensor de la religión (*An-nasir lidin-illah*), y que consigue dar á su corte una magnificencia y un esplendor que igualan, si no exceden, á la pompa y gala desplegadas por los soberanos de la estirpe de Abbás. Nada faltó á su educación para hacer de él un príncipe modelo según las ideas de su secta. Á la edad de ocho años ya sabía las máximas del Korán y las tradiciones de la *Sunnah*, la gramática, la poética, los proverbios árabes, las biografías de los príncipes, la política y el arte de regir los imperios. Monta á caballo con gallardía, maneja con destreza el arco y el dardo, sabe hacer uso de toda clase de armas. La fama de su grandeza se dilata por el mundo, y solicitan su amistad los soberanos de Constantinopla, de Alemania, Francia, Esclavonia, Italia, Navarra y Barcelona; los embajadores extranjeros regresan á sus cortes admirados de la cortesía y suntuosidad con que fueron recibidos: un rey cristiano destrenado (1) refiere cómo obtuvo de él agasajadora hospitalidad, y confiesa que por su mediación recobró la perdida salud y el trono. Con razón exclama un inspirado poeta al contemplar su grandeza: *Empieza una nueva luna; ¡oh tú que por la gracia de Dios imperas, dime quién es capaz de sobrepujar tu gloria!* (2)

(1) Fué este el rey D. Sancho I, hijo de D. Ordoño III.

(2) Ibn'Abdi-r-rabbihi, cit. por Al-Mákkarí en el cap. V, lib. VI de su Hist.

Verdaderamente se inaugura para el arte una nueva era de progreso y esplendor bajo la protección de este Augusto de los califas: la arquitectura arábigo-bizantina llega por su impulso al zénit en su atrevida carrera: la elegante y rica ornamentación neo-griega acaba de cubrir los garbosos lineamientos latino-pérsicos; á la razonada distribución del ornato se agrega la magnificencia y gala de los colores y esmaltes, de los estucos y mosaicos, de los nuevos procedimientos introducidos en Córdoba por los artistas de Constantinopla, que con habilidad mágica convierten la dura pasta del vidrio y de los metales en deslumbrador brocado de oro y terciopelo (1). Llegó ya la época de cultura y grandeza que habían soñado Abde-r-rahmán II y Al-hakem I, y que ellos á pesar de su ardiente anhelo no habían podido disfrutar por no consentírsele las indómitas razas cristianas. Acabó la superioridad de Bagdad: la corte de Abde-r-rahmán III brilla como brilló la corte de Al-Raschid, y la misma capital del imperio griego ha de envidiar á Córdoba sus maravillas después de haberla ayudado á crearlas. ¡Oh siglo afortunado para los hijos del Islam! En pos de la colosal figura del Augusto cordobés, vienen, igualmente benéficos para su pueblo y formidables á los cristianos, otros dos gigantes: Al-hakem III y Almanzor. Después de ellos, rápida será la decadencia del Califato, porque á ningún Estado pagano le fué dado jamás clavar la estrella de su fortuna en el punto culminante de su órbita. Pero en tanto que transcurren para los musulimes las bonancibles lunas de estos tres reinados, y para la España cristiana los días de llanto y luto á que la condenan enconosos rivalidades y sangrientas excisiones; en tanto que el décimo siglo consume su temida evolución entre ruinas y siniestros presagios en que la cristiandad acobardada lee la sentencia de muerte de la huma-

(1) Más adelante hablaremos de este procedimiento, llamado por los árabes *sofeysafá* y también *foseyfasá*, empleado con profusión y admirable efecto en el mihrab de la mezquita que vamos describiendo.

nidad y del mundo (1), ¡qué de prodigios, qué de fantásticas escenas vá á realizar el arte sarraceno! Como un misterioso nigromante que por arte satánica evoca de la región de las sombras, contrastando con el general espanto, deliciosos cuadros que mienten los placeres del Paraíso, así la arquitectura sarracena, ese Cástor valiente é impostor de la España árabe, hace surgir antes de entonar el Califato su himno de muerte, creaciones incomparables, tales que después de volverse á hundir en la sima de la nada, las han de tener por fabulosas las generaciones venideras.

Al pié de la quebrada sierra, al abrigo de los helados vientos del norte, y sobre una alfombra de esmeralda, lecho regalado para una sultana viciosa y mimada, nace, consagrada al amor y á los placeres del más ostentoso Califa, la peregrina Medina Azzahra: población mágica en que el caprichoso arte oriental parece agotar sus tesoros, como para demostrar que la arquitectura puede con sus fábricas igualar las más fantásticas descripciones de la poesía. Á su lado, y formando con ella como un broche de dos perlas gemelas con que adorna su cinto de torres la reina de Andalucía, descuella la encantada Medina Azzahírah, majestuosamente asentada en la ribera del Guadalquivir, rodeada de deleitosas quintas y vergeles, que gozan los wazires, katibes, generales y favoritos de Almanzor, como prenda y testimonio de su liberalidad. Azzahra y Azzahírah ocupan con la galana y soberbia Córdoba, cúpula del Islam, tienda de sus guerreros, trono de los sultanes, una extensión de diez millas de tierra florida, en que brotan sin cultivo el azahar y la rosa, y esas diez millas de Paraíso terrenal están de noche iluminadas por una sola hilera de fanales, tan unidos entre sí, que

(1) La cristiandad veía con espanto acercarse el año mil: una especie de terror vago, que se cernía como negra nube sobre todas las naciones de Europa, hacía presentir al Occidente una gran mudanza en el orden de cosas general, que era nada menos que la disolución del mundo de Carlomagno en el caos, para engendrar el feudalismo. Presentían las naciones la gran transformación, y formulaban sus terrores prediciendo la venida del Ante-Cristo y el fin del mundo.

forman una zona de deslumbradora luz. En estas dos poblaciones y en todos los veintiun suburbios de la gran ciudad, erígenese como por encanto mezquitas, mercados, baños y bazares, en que acumula el arte sus bellezas. Prodíganse sus primores, y máquinas ingeniosas de juegos hidráulicos y otros entretenimientos, en las casas de campo propias del Sultán y de los ciudadanos poderosos, notables todas por la magnificencia de su estructura ó por su deliciosa situación (1). Para aumentar sus seducciones el arte islamita, prohija con infracción de la ley religiosa los recursos de la escultura como medio de reproducción de la naturaleza animada, y aunque este poderoso auxiliar no entra declaradamente en las construcciones con todas sus facultades, sino como un mero accesorio de la ornamentación monumental, sin embargo los musulimes timoratos ven con escándalo camppear sobre la fachada del palacio de Azzahra una estatua de mujer, figuras de animales en las fuentes de sus jardines (2), en la puerta principal del palacio de Córdoba una figura de hombre, y finalmente, en el acueducto que une la sierra con la parte occidental de la ciudad, un león colosal revestido de

(1) Las casas de recreación que por los alrededores de Córdoba y su fértil campiña tenían diseminadas los califas y magnates, eran muchas, y se designaban todas con poéticas denominaciones, análogas á sus peculiares distintivos, á los fines á que estaban consagradas, ó al objeto ideal que habían querido realizar sus dueños. Era la más notable la Ruzafa, de que hemos hablado en el curso de esta descripción, fundada por Abde-r-rahmán I como recuerdo de la deliciosa casa de campo que su abuelo Hixem había construído en Damasco. Propios de los califas eran también, y dispuestos á la manera de las deliciosas villas de Italia, el *palacio hajiri*, el *palacio del jardín*, el *palacio de las flores*, el *palacio de los amantes*, el *palacio del afortunado*, el *palacio de Rustak*, el *palacio del contento*, el *palacio de la diadema* y el *palacio de las novedades*. Más célebre que todos estos era el palacio llamado de Dimashk, cuya techumbre sustentaban hermosas columnas de mármol, siendo su pavimento de mosaico de vívidos matices; y más todavía el *Al-mushafiyah*, propiedad del Wazir de Hixem II, Jafar Al-mushafi, que describe Ibnu-l-Abbar como una de las más encantadoras moradas de aquellos tiempos y de aquella tierra. Había además muchos encantadoras jardines (*Munyat*), deliciosos por sus baños, grutas, alamedas y puntos de vista; y entre varias granjas se distinguían la *pradera de oro*, el *prado del agua murmuradora*, el *campo de los hurtos*, el *campo de la presa*, el *campo de los molinos*, etc.

(2) Haremos á su tiempo la descripción del famoso y poético palacio de Medina Azzahra, cuyas maravillas se tienen por fabulosas.

láminas de oro puro con dos piedras de inestimable valor en los ojos, el cual vierte por la boca las aguas traídas de la montaña en el gran depósito de la población.

Observemos la acción del arte en la Aljama bajo los tres Califas, y veamos si se justifica el entusiasmo del que escribió esta jactanciosa sentencia: Córdoba sobrepuja á todas las ciudades de la tierra por cuatro cosas: por el puente que tiene sobre el Guadalquivir; por su gran mezquita; por su Azzahra, y por las ciencias que en ella se cultivan (1).

Vemos primeramente á un sabio é intrépido arquitecto del califa An-nasír (2) demoler el antiguo alminar, y levantar en su lugar otro cuya mole, de considerable altura, no tiene igual en el mundo por su distribución y proporciones. Empléanse en echar sus cimientos cuarenta y tres días, profundizándolos hasta encontrar agua. Trece meses dura la construcción de la soberbia torre, toda de piedra franca y mortero, y de tan singular artificio por dentro, que conteniendo dos ramales de escaleras en una sola caja, pueden las gentes subir por uno y otro sin verse hasta llegar arriba. Ciento siete peldaños tiene cada ramal. Esta elegante almenara que el pueblo cordobés contempla absorto, mide cincuenta y cuatro codos desde su arranque hasta la parte superior del domo abierto, al cual vuelven la espalda los almuedanes que convocan á la oración girando por el balcón saliente, cuya graciosa balaustrada ciñe en derredor los cuatro muros como un ligero anillo; y desde este balcón corrido hasta el remate, levanta otros diez y ocho codos (3), coronándose con

(1) Pone Al-Makkarí este dicho en boca de un doctor andaluz anónimo.

(2) Así es denominado generalmente Abde-r-rahmán III para diferenciarle de los otros reyes de su mismo nombre.

(3) Para las torres que se construían en el décimo siglo en la Europa cristiana, no dejaba de ser extraordinaria la altura de 72 codos dada al alminar ó zoma de Córdoba. Esta torre existía aún en tiempo de Ambrosio de Morales, que ligeramente la describe. Quebrantada; primero, por la osadía de un arquitecto del siglo xvi, á quien se consintió reformarla á su manera, y después por el terrible huracán y terremoto del año 1589, acordó el cabildo de Córdoba repararla con arreglo á nueva traza, y se empezó á demoler el día de S. Andrés del año 1593. Acabóse de

tres hermosas manzanas, dos de oro y una de plata, de tres palmos y medio de diámetro cada una, de las cuales parten dos gallardos lirios de seis pétalos que sostienen una granada de purísimo oro. Presenta en sus cuatro frentes catorce ventanas, la mitad con dos claros y la otra mitad con tres, formados con columnas de jaspe blanco y encarnado, y sobre las ventanas un coronamiento de arquitos macizos sustentados en columnillas del mismo jaspe. Estas ventanas comparten admirablemente el macizo de los muros, todo cubierto interior y exteriormente de preciosa tracería relevada, cuyos lindos dibujos es imposible describir.

Al recibir la noticia de que está terminada la obra, acude An-nasír presuroso desde su predilecta mansión de Medina Az-zahra, sube á lo alto de la torre por una escalera bajando por la otra, y después de examinar cuidadosamente el edificio, pasa á la Maksuráh de la mezquita, hace dos *arracas*, y se retira complacido. Con razón puede estarlo, porque la mezquita Aljama de su Córdoba es ya un verdadero tesoro del arte arábigo-bizantino. El emperador Constantino porfirogénito, cuya corte dirige la marcha del arte en Oriente y Occidente, se esmera en proporcionar á la capital del Califato nuevas seducciones, sin creer desdorada su dignidad por convertirse en joyero de la Sultana del Betis. Todos los demás emperadores y reyes que directa ó indirectamente reciben de Constantinopla ideas de buen gusto y magnificencia, transmiten también á la poderosa corte de Andalucía los frutos hermosos de aquellos trasplantedos gérmenes (1). Hoy es una de las primeras dignidades de la

construir según está ahora, ya muy entrado el siglo xvii, y hoy se la designa con el nombre de Torre de las Campanas.

(1) Por regla general no había en aquellos tiempos embajada de soberano á soberano sin costosos y exquisitos presentes, y estos solían principalmente consistir en manufacturas preciosas, por medio de las cuales adquirían las naciones el conocimiento muy poco del estado de sus artes industriales. No sabemos de una manera auténtica que fuesen de procedencia bizantina en su forma artística los objetos enviados á An-nasír por el emperador Otón y demás reyes del norte que con el

Iglesia Bética el encargado de trasladar desde el asiento de la reina del Bósforo al encantado palacio de Azzahra, las primorosas esculturas que admiran con mezcla de placer y de escándalo los rígidos observadores del Korán (1); mañana es nada menos que un santo, procedente de uno de los más austeros cenobios de Alemania, el comisionado para llevar al temido Califa los exquisitos productos del arte germánico (2); un obispo Eliberitano, mandado consagrar por el mismo Abde-r-ramán, es luégo el elegido para promover y fomentar ese comercio y correspon-

Califa tuvieron comunicaciones amistosas; pero siendo sin disputa bizantino el estilo ornamental de todas las construcciones que hoy subsisten en Alemania, Francia y España, del tiempo de los Enríques, Conrados y demás monarcas de la casa de Sajonia, parece justo deducir que fuesen también neo-griegas las ideas en todos los ramos industriales de ostentación y lujo. El gusto bizantino reinaba ya á fines del siglo X en casi todo el Occidente; por lo tocante á Francia y á los países que componían el dilatado imperio germánico, puede el que guste cerciorarse de esta verdad con sólo hojear rápidamente las obras que acerca de la historia del arte se han publicado en estos últimos treinta años, y principalmente *Le moyen âge, etc.*, de M. Ferdinand Seré, y la concienzuda serie titulada *Die ornamentik des Mittelalters* del arquitecto Heideloff. Por lo que hace á España, si no fueran prueba concluyente de nuestro aserto las construcciones que en los reinos de Asturias, León y Navarra, y en los condados de Castilla y Barcelona erigieron nuestros piosos y magníficos Alfonsos, Ordoños, Ramiros y Wifridos, todavía podríamos citar numerosos documentos de la época á que nos referimos que ponen en evidencia la casta bizantina de la ornamentación nacional; pero esto nos alejaría demasiado de nuestro objeto presente.

(1) Es muy de notar este hecho. Los historiadores árabes designan con el nombre de Rabí á un obispo de quien se valió en diferentes ocasiones Abde-r-rahmán el Grande para sus tratos con las cortes extranjeras. Rabí fué el que trajo de Constantinopla á Córdoba las hermosas fuentes adornadas de bajo-relieves que puso An-nasir en Azzahra: Rabí fué el enviado á la corte del emperador Otón con grandes regalos para éste monarca. El autor de las actas de S. Juan de Gorzia nos pinta á los prelados de Andalucía enteramente sumisos á la voluntad del Califa; un obispo, á quien no nombra, y que podría ser tal vez ese obispo Rabí de las historias árabes, es el comisionado para ir á felicitar á Otón por su victoria sobre los húngaros; otro obispo, llamado Juan, sirve á An-nasir de instrumento para tratar de vencer el tesón del Gorziano que causa enojos al sarraceno; otro, finalmente, llamado Recemundo, y mandado consagrar por An-nasir obispo de Granada, va de legado de éste al emperador de Alemania para obtener diplomáticamente que retire una carta escrita en desdoro del falso profeta. Todo en suma manifiesta la preponderancia de la corte de los califas en el décimo siglo.

(2) Este santo fué Juan de Gorzia, cuya legacia, documento precioso para la historia diplomática de la edad media, refiere Mabillon (*Acta Sanctorum ordinis Sancti Benedicti*, tomo V).

dencia mutua de las dos civilizaciones cristiana é islamita (1); finalmente, la Córdoba de An-nasír es el emporio de las artes; los ingenios de los países más adelantados acuden á ella poniendo á competencia sus creaciones, y todo lo grande, todo lo bello, todo lo primososo del arte monumental en Asia, en África y en Europa, deja su sello, su ofrenda y su tributo en la soberbia Caaba de los Umeyas.

Realizó Abde-r-rahmán III en la gran Mezquita otras obras de menor importancia, cuales fueron, reconstruir el muro que la cerraba por el norte mirando al patio de los naranjos, como lo atestigua la hermosa lápida de la puerta llamada *de las Palmas*, y nivelar el piso de toda la mezquita.

Y sin embargo, el fervoroso entusiasmo de Al-hakem encuentra todavía nuevos medios de embellecimiento. Resuelve prolongar las once naves ciento cincuenta piés más hacia el mediodía, construyendo un santuario que no tenga igual en el orbe. Dejemos á un historiador árabe (2), cuya autorizada voz suena hoy por primera vez en nuestro idioma vulgar, referir la meritoria reforma de este Sultán. «Lo primero que hizo Al-hakem, luégo que sucedió en el Califato, fué ocuparse en aumentar y hermosear la mezquita Aljama de Córdoba. Fué este el primer acto de su gobierno, encargando la inspección de las obras á su hagib y espada de su estado Chaâfar ben Abde-r-rahmán, el Eslavo, por decreto expedido á cuatro días por andar de la luna de Ramadhán del año 350 (961 de J. C.), al día siguiente de haber sido jurado Califa. En el decreto se prevenía al mencionado Chaâfar que comenzase por hacer los acopios de piedra necesarios para lôs cimientos; y así fué que el acarreo comenzó en la misma luna de Ramadhán. Habíase el alcázar de Córdoba

(1) Fué éste Recemundo, de quien hemos hablado arriba, y cuya consagración es otro hecho singular y precioso para la historia de la iglesia mozárabe.

(2) Ebn Adzarí-el de Marruecos, *Historia de Almagreb*, págs. 249 y 253, cuya traducción, nunca hasta hoy publicada, debemos, como queda dicho, á la bondadosa amistad del Sr. Gayangos.

llenado de gente (1), de manera que á las horas de la azala la mezquita no podía contenerla, y los asistentes se apretaban y atropellaban por falta de espacio. Al-mustanser (2), pues, se dió prisa á la construcción del nuevo edificio que se había de añadir, y salió en persona de su alcázar para hacer las mediciones y trazar la construcción, llamando para que le asistiesen en dicha operación á los maestros y geómetras, los cuales trazaron el nuevo edificio desde la quibla de la mezquita hasta lo último del atrio, cogiendo esta añadidura en su longitud las once naves. Tenía de largo lo añadido noventa y cinco codos de norte á mediodía, y de ancho de oriente á occidente otro tanto, como el ancho de toda la mezquita. De esto cortó el pasadizo del alcázar, destinado para la salida del Califa á la azala, al costado del mimbar, dentro de la Maksuráh, con lo cual el nuevo edificio llegó á ser la más hermosa añadidura jamás hecha á mezquita alguna.»

«En el año 354 se terminó la obra de la *cubba* (3) que coronaba el mihrab en la parte de la mezquita que añadió Al-hakem. Fué este en la luna de chumada postrera.»

«En el mismo año se comenzó á colocar el *sofeysafá* en la mezquita Aljama de Córdoba. Había el emperador de los griegos regalado á Al-hakem una porción de aquella manufactura, (4)

(1) Ha de entenderse de la servidumbre de palacio, que tenía obligación de asistir á la azala de mediodía en la Aljama por ser el templo más próximo. Y no debe causar extrañeza que sólo la gente del alcázar ocupase una gran parte de la mezquita, si se considera que las concubinas, esclavos de ambos sexos, pajes y eunucos de Abde-r-rahmán el Grande se contaban por millares.

(2) *Al-mustanser billah*, nombre dado á Al-hakem II, que quiere decir *el que implora el auxilio de Dios*.

(3) Cubieta ó cúpula.

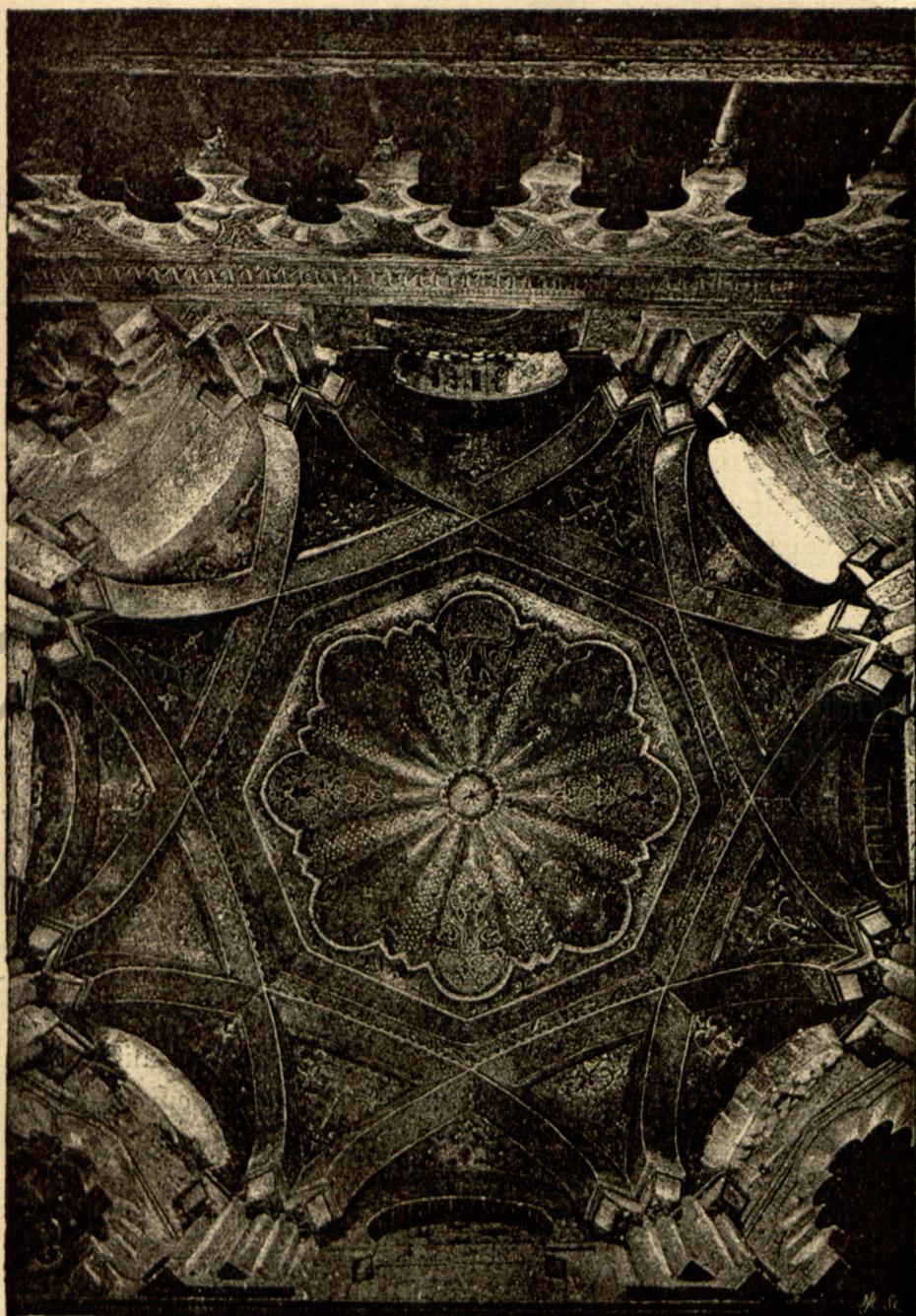
(4) Aunque sabíamos ya por el geógrafo Edrisi (nueva traducción de M. Jaubert) que el mosaico esmaltado *sofeysafá* que cubre las paredes del *mihrab* de Córdoba había sido en la mayor parte traído de Constantinopla, y á pesar de que teníamos ya noticia de los varios y preciosos objetos artísticos regalados por el emperador León, padre de Constantino porfirogénito, á Abde-r-rahmán. An-nasir para su palacio de Medina Azzahra; sin embargo deseábamos ver corroborada con documentos más detallados la filiación bizantina del arte bajo los grandes califas del décimo siglo. Afortunadamente el erudito orientalista D. Pascual de Gayangos,

y éste le había escrito rogándole le enviase también operarios, tomando ejemplo de lo hecho en una ocasión semejante por Al-walid ben Abde-l-malek, cuando estaba construyendo la mezquita de Damasco. Volvieron, pues, los embajadores que Al-hakem envió al emperador griego, trayendo consigo un artífice y además trescientos veinticinco quintales de *sofeysafá* (1) que aquel príncipe le mandaba de regalo. Al-hakem mandó luego hospedar convenientemente al artífice griego, y proveerle de todo lo necesario con la mayor abundancia; lo cual hecho, dispuso que varios de sus esclavos trabajasen con él á fin de instruirse en su arte. Hicieronlo así, ayudándole en la colocación del *sofeysafá* traído del Oriente, y aprendiendo con aquel maestro hasta lograr perfeccionarse en dicha industria y trabajar por sí solos, como lo verificaron luego que el maestro se volvió á su tierra, pues Al-hakem le despidió por no necesitar más de él, con muchos regalos de vestidos y otros objetos. Por lo demás, en la añadidura de Al-hakem compitieron y rivalizaron los maestros más afamados de toda la tierra.»

«Del 10 al 20 de Xagüel del citado año cabalgó Al-hakem de Azzahra á la mezquita de Córdoba, y entró en ella, y examinó detenidamente las obras, y lo que ya estaba concluído. Luego mandó recoger las cuatro columnas que estaban antes

cuya traducción inglesa de Al-Makkari nos ha sido hasta ahora tan útil para nuestra tarea, acaba de proporcionarnos lo que tanto deseábamos, tomándose con la bondad que en él encuentran todos los que le consultan, el trabajo de traducir para nuestra obra muchos pasajes de una historia árabe, por primera vez dada á luz en Leyden en su idioma original por el Dr. Dozy, en la cual se refieren minuciosidades interesantísimas sobre las construcciones de la grande Aljama de Córdoba y de Medina Azzahra. Titúlase el libro publicado por Dozy *Historia de Almagreb, de Ebn Adzari el de Marruecos*, y en su página 253 se cuenta cómo vino el mosaico esmaltado ó *sofeysafá* de Constantinopla á Córdoba, y de qué escuela fueron los artífices que lo fijaron en el mihrab de la mezquita: pasaje curioso que verá el lector reproducido á continuación:

(1) El Sr. D. Rodrigo Amador de los Ríos, en su citado libro *Inscripciones árabes de Córdoba*, dice que no sabe con qué fundamento escribimos que fueron 325 los quintales de *sofeysafá* enviados por el emperador griego al califa Al-hakem. Con afirmar que en nada hemos alterado la versión de Aben-Adhari hecha por el Sr. Gayangos, queda contestado este cargo.



TECHO DEL VESTÍBULO DEL MIHRAB

sirviendo de jambas á la puerta del antiguo *mihrab*, y que se custodiasen en lugar seguro para colocarlas en el nuevo, que por su mandato se construía á la sazón con la mayor perfección y solidez. Eran las cuatro columnas de incomparable hermosura en su género.»

La historia de lo construído por orden de Al-hakem es en todo notable. Mientras se estaba haciendo la obra, se suscitó una acalorada disputa entre los arquitectos respecto del punto hacia el cual debía mirar la quibla, con objeto de colocar el nuevo mihrab ó santuario donde debiese estar realmente. Unos pretendían que debía estar al sur, como había estado siempre, y como lo había situado An-nasir en su mezquita de Azzahra; al paso que los más entendidos en matemáticas y astronomía sustentaban que debía fijarse un tanto inclinado hacia el oriente (1). Divididos así los pareceres, el faquih Abú Ibrahim se presentó á Al-hakem, y le dijo: ¡Oh príncipe de los creyentes! Todas las gentes de esta nación han vuelto constantemente sus rostros al sur al hacer sus oraciones: los Imames que te precedieron, los cadíes, los cadíes y todos los musulimes en general, dirigieron siempre sus miradas al sur desde los tiempos de la conquista hasta hoy: al sur inclinaron siempre todos los *tabíes* como Musa Ibn Nosseyr y Haush As-san'aní (¡Dios los perdone!) las quiblas de cuantas mezquitas erigieron en esta región. Recuerda, oh príncipe, aquel proverbio que dice: mejor es seguir el ejemplo de los demás y salvarse, que perderse por no seguir la senda trillada. Oído lo cual, exclamó el Califa: ¡Por Allah, dices bien! Seguiré el ejemplo de los *tabíes*, cuya opinión en esta materia es de gran peso. Y mandó que la quibla se pudiese donde el faquih proponía.

Erigióse entonces el santuario al extremo de la prolongación de las naves en la central como había estado siempre, mirando exactamente á mediodía. Entre el muro interior del sur y el

(1) Véase la nota 1, pág. 70.

muro exterior, reforzado con torreones, se dejó un espacio de unos quince piés, que se dividió en once compartimentos, correspondientes á las once naves mayores de la mezquita, el del centro se destinó al santuario, y los de los lados se reservaron para habitaciones de los ministros del culto y otros usos. Quedaba de este modo el Mihrab en la mitad justa del lado del sur, con dos alas iguales una á cada lado. En el ala de occidente había un pasadizo secreto, que conducía desde la mezquita al alcázar por medio de un arco que unía ambos edificios, pues el palacio que habitaban en Córdoba los califas se dilataba hasta muy cerca del templo por el lado de poniente. Este pasadizo, cuyas puertas estaban artificiosamente dispuestas (1), sin duda para la más completa seguridad del alcázar y de la mezquita, abría paso á lo interior de la *maksurah*, recinto suntuoso y reservado, que por los tres lados de oriente, poniente y norte, comunicaba con las naves cortando tres de estas en su longitud, y por el mediodía formaba cuerpo con el muro interior de la mezquita. Era la *maksurah* un lugar privilegiado, cerrado en

(1). «Á la derecha del *Mihrab*, dice Edrisí, hay una puerta que sirve de comunicación entre la mezquita y el alcázar, la cual da á un corredor practicado entre dos muros, con ocho puertas, que cierran cuatro hacia el palacio, y cuatro hacia la mezquita.» Sin duda por equivocación ha escrito el traductor francés *un corridor pratiqué entre deux murailles percées de huit portes*, pues de los dos muros del corredor ó pasadizo, sólo uno, que es el exterior del mediodía de la mezquita, y que mira al río, tiene vanos, no de puertas, lo cual era imposible, sino de ventanas. Las ocho puertas estaban en los otros muros que cortaban en ocho piezas la longitud del pasadizo: Ambrosio de Morales, que lo reconoció y describió detenidamente, dice hablando de la extraña combinación de estas puertas: «las cuatro primeras de hacia el alcázar se cierran hacia él, y el portero, á lo que parece, venía delante de todo el acompañamiento del rey, abriéndolas y echándolas hacia el oriente. Las otras cuatro se cierran diversamente, dos hacia oriente, y otras dos hacia poniente. Y así era menester estuvieran otros dos porteros allí encerrados para abrir. Y no se puede imaginar para qué fuese tanta fortaleza y encerramiento.» — Esta extraña combinación tenía sin duda por objeto el imposibilitar toda comunicación entre el alcázar y la mezquita, aun en el momento de atravesar el corredor el Califa para trasladarse al templo; pues al abriese las puertas que se mandaban, en un sentido, se cerraban las que se mandaban en sentido opuesto. Se dificultaba también de este modo cualquier traición de los porteros, pues siendo varios, y estando entre sí incomunicados, con uno solo que fuese fiel, se defendía el tránsito de uno á otro edificio. Es raro que el juicioso Morales no haya aquí descubierto la razón de lo mismo que describe.

contorno por una especie de cerca ó verja de madera, primorosamente labrada por ambas haces interior y exterior (1): estaba coronada de almenas esta preciosa cerca, para que por su destino de cortar toda comunicación entre el Califa y el pueblo, imitase más propiamente la forma de una muralla. Esta magnífica armazón, de veinte y dos codos de altura hasta su remate, daba su nombre á la parte de fábrica que ocupaba, tan magnífica como su contenido y como el nuevo trozo de la nave central que iba desde la antigua hasta la moderna quibla, rico en sumo grado por las labores y dorados de sus capiteles y pilastras (2).

(1) Ebn Adzari, obra citada: traducción inédita del Sr. Gayangós. En la página 253 dice así: «En el año 155, en la luna de Moharram, mandó Al-hakem colocar el antiguo mimbar á un costado del Mihrab; asimismo mandó armar la antigua maksurah, y dispuso que en la quibla del nuevo edificio añadido por él se pudiese otra maksurah de madera, labrada por dentro y por fuera, y coronada de almenas, la cual tenía setenta y cinco codos de largo y veintidos de ancho, y su altura hasta las almenas ó remate era de veintidos codos. Concluyóse la obra toda y la colocación de la maksurah en la luna de Recheb de este año.»—No sabemos por qué el citado Sr. Ríos, en su libro *Inscripciones árabes de Córdoba*, reprueba la idea de la colocación de las dos maksurahr, cuando tan explícito y terminante es en este punto el texto de Ebn Adzari. El plano que nuestro crítico ha trazado de la mezquita y su ampliación por Al-hakem II, tiene para nosotros visos de caprichoso. La maksurah única que en él se señala es de tan descomunales dimensiones, que abarca en su longitud de oriente á ocaso siete de las naves principales, dilatándose hacia el norte hasta la cuarta de las naves transversales de la prolongación alhakemí, es decir, llena casi toda el área de esta prolongación. Que esta magnitud es de todo punto arbitraria nos lo persuade la misma declaración, varias veces repetida por el Sr. Ríos, de que no hay medio de comprobar las dimensiones que consignan los escritores árabes midiendo por *codos*. Si esta medida es tan variable ¿cómo se toma por fundamento para dar á una maksurah de 75 codos de longitud la enorme línea de fachada que le da el Sr. Ríos? Este escritor hace en su plano caso omiso de la maksurah antigua restablecida por Al-hakem, y hace bien, porque no le habría quedado espacio donde colocarla.—En resumen, mientras no se aduzcan en contra de nuestras conjeturas argumentos más sólidos, seguiremos creyendo que las dos maksurahr, nueva y antigua, puestas por orden de Al-hakem, estaban donde se levantan hoy el vestíbulo del mihrab y los dos compartimentos anexos, y donde existen la capilla de Villaviciosa y sus dos compartimentos adyacentes.

(2) Los pilares que cargan á plomo sobre las columnas de la mezquita son por lo general sencillos y lisos en su paramento; pero los de la nave central son verdaderamente preciosos: tienen medias pilastras octogonales con capiteles de orden compuesto, de volutas prolijamente afiligranadas. Sus fustes están cubiertos en las tres haces, que presentan, de tracería rectilínea muy relevada, y sus basas descansan sobre ménsulas de medias cañas horizontales con una graciosa folia en el centro.